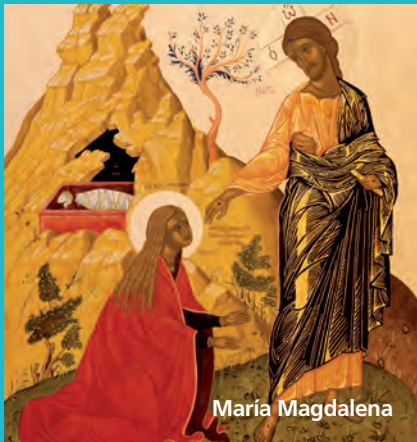


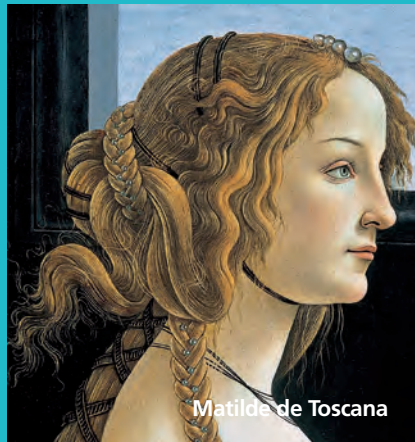
MUJER Y TRADICIÓN CRISTIANA

Una letanía de nombres que celebrar

No pocas mujeres acompañan a Jesús: María Magdalena, Juana, Susana y «muchas otras» (Lc 8, 1-3). Mujeres y familias simpatizantes, como la de Marta y María, estaban muy cerca de Jesús. La madre de los Zebedeo aparece también intercediendo por sus hijos. Y también mujeres son las que acompañan a Jesús en su muerte en la cruz, cuidan su sepulcro y son las primeras testigos de la Resurrección.



María Magdalena



Matilde de Toscana



Beguinas

MUCHAS mujeres se encuentran con Jesús en la intimidad: la Samaritana, la adúltera. Otras se acercan a Jesús rotas por el dolor por estar enfermas o preocupadas con familiares enfermos o fallecidos: la mujer que padecía flujos de sangre desde hace doce años (Mc 5, 25), la mujer siro-fenicia con una hija endemoniada (Mc 7, 25-30), la viuda de Naim (Lc 7, 11-15) que acaba de perder a su hijo, Marta y María que lloran su hermano fallecido (Jn 11, 1 ss), la suegra de Pedro que está en cama con fiebre (Mc 1, 30-31), etc.

Lo que es más que evidente es que un grupo de mujeres permanecen fieles hasta la muerte de Jesús, hasta la cruz y cuidan su sepulcro. Ellas fueron las primeras testigos de la Resurrección.

San Pablo tuvo muchas colaboradoras: Evodia, Síntique (Flp 4, 2-3), Prisca (Rom 16, 3-5), María (16, 6), Junia (16, 7), Trifena, Trifosa y Pérside (16, 12). Junia es llamada «apóstol». Algunas fueron dirigentes de comuni-

dades (Prisca con su esposo, Febe). Sabemos también de la actividad de profetisas en Corinto. Hechos (21, 9) habla de las cuatro hijas de Felipe.

Tal era la presencia e importancia de las mujeres en las primeras comunidades cristianas, que Taciano (siglo II) señala cómo los paganos critican la importancia de la mujer en las primeras comunidades.

Con las persecuciones, las mujeres mártires se presentan en un plano de total igualdad en su entrega: Eulalia de Mérida, Perpetua y Felicidad (203), esclava Blandina (177) y cientos de santas que hoy reconoce la Iglesia.

Filomena, en el siglo II en Roma, aparece como teóloga. Viudas y vírgenes crearon formas de vida alternati-

vas, dedicándose muchas de ellas a la asistencia social y a la dirección y la gestión de instituciones sociales que liberan a la mujer de lo exclusivamente biológico y que ayudan a su emancipación. En la Iglesia de Antioquía, en la época de san Juan Crisóstomo,

**Debemos destacar la presencia
de las muchas santas de la puerta
de al lado que inundan
nuestra Iglesia.**



había unas 3 000 vírgenes y viudas. La vida ascética y de caridad de muchas mujeres fue excepcional, como es en el caso de Macrina, hermana de Gregorio de Nisa. O el caso de Teodosia, hermana de Teófilo de Icono. También el de Mónica, madre de Agustín, o Marcela, Eustoquia y Paula, mujeres de gran cultura muy cercanas a Jerónimo y que tanto le ayudaron en muchas de sus empresas, como en la culminación de la *Vulgata*. Incluso encontramos mujeres en el desierto que fueron auténticas maestras y de gran cultura teológica, como amma Teodora, a la que consultaban personajes célebres.

Un diaconado femenino aparece en ciertos contextos hasta el siglo VI en la Iglesia oriental, en Jerusalén y en Antioquía. Las diaconisas realizaban cometidos en el bautismo de adultos (inmersión en el agua y unción) y en la cura pastoral de mujeres, en el servicio pastoral de éstas.

Reinas y mujeres de la alta nobleza jugaron papeles importantes, sobre todo cuando se quedaban viudas (ya que disponían de los bienes del marido). Como sucediera con Matilde de Toscana, Isabel de Francia, santa Elena, madre del emperador Constantino que tanto ayudó a los pobres y tanto se preocupó por ayudar a las mujeres que ejercían la prostitución.

También fueron esenciales en la historia varias asociaciones y órdenes religiosas. Las Beguinas (siglos XIII-XVII), sin reglas y sin superiores, viven en comunidades reducidas en una vida de piedad y de trabajo. Clarisas, dominicas, cistercienses van creando una vida religiosa, que les proporciona estudios y autoridad, incluso a mujeres de clase baja. Mary Ward fundó en el siglo XVII una congregación apostólica y educativa sin las limitaciones de una clausura.

**Para que vaya calando
y transformando nuestros
corazones y nuestra mente:
Mujeres de Dios,
rogad por nosotros.**

Las mujeres destacan en la mística: Hildegarda, cisterciense de Hefta, mujer de enormes conocimientos científicos y teológicos, Marguerite Porete, Teresa de Jesús, Teresa de Lisieux, Edith Stein, filósofa y judía conversa, entre muchas otras.

No podemos olvidar las fundadoras y reformadoras de congregaciones religiosas dedicadas a diversas tareas pastorales y educativas (Sofía Barat), a la Caridad (las Misioneras de la Caridad de Teresa de Calcuta, las Hermanas Hospitalarias, las Hermanas de la Caridad de Santa Ana fundadas por María Rafols, etc.), las doctoras de la Iglesia (santa Catalina de Siena, santa Teresa), grandes personajes de la historia, como Juana de Arco o grandes mujeres de otros continentes como Josefina Bakhita, Santa Rosa de Lima o Magdalena de Nagasaki.

A toda esta lista hay que añadir las santas no canonizadas y la cantidad de santas de la puerta de al lado que inundan nuestra Iglesia, nuestras parroquias y nuestras ciudades y pueblos hoy en día destacando y mostrando frutos en la caridad, en la oración, en la mística, en la educación, en la Universidad, en los hospitales, en los juzgados, en la política, en la administración pública, en las familias, en la teología, en sus trabajos, en sus empresas, en el arte, en su liderazgo, en la catequesis, en la predicación, en la organización y la gestión.

Esta es una muy limitada y pobre muestra, pero merece ser recordada e implorada como una letanía para que vaya, con su repetición constante, calando y transformando nuestros corazones y nuestra mente en nuestra Iglesia. Mujeres de Dios, rogad por nosotros.

JAVIER DE LA TORRE
Instituto Universitario de la Familia
Universidad Pontificia Comillas